

LA MADRE CHIQUITA.



Isabel había gozado por espacio de cinco años del privilegio de ser hija única, y su padre y su madre podían creer con fundamento que no tendrían más hijos. Estos artesanos de un puerto de Asturias se resigna-

SEGUNDA SERIE.—1858.

AÑO XVI. 13.

ban sin pena: sus salarios diarios no les proporcionaban gran fortuna. Pero Isabel deseaba con toda su alma tener un hermanito: todos los días lo pedía al Señor. Fueron oídos sus votos, y vemos en la alegría que siente al reemplazar á su madre ausente que gozaba sinceramente de un placer vivamente deseado. A aquella edad ya era capaz de guardar la casa, mientras que sus padres trabajaban fuera. Poco á poco estuvo en estado de reemplazar á su madre en los cuidados domésticos, y entonces se vió en la pequeña habitación un órden y un arreglo perfectos, que no manifestaban como en la lámina que presentamos la falta de la mamá, y el descuido natural de la infancia. Otras dos hermanitas y hermanitos vinieron sucesivamente á aumentar la familia. Isabel, á quien llamaban todos la madre-cita, ejercía sobre todos aquellos queridos niños una dulce autoridad que le confiaban sus padres con alegría, y que ejercía en ventaja de la familia.

Admirábanse los vecinos de que Pedro y Margarita Martínez, se mantuviesen con tan numerosa familia en un regular estado de holgura. En efecto, cinco hijos son una pesada carga; pero si el número de éstos cuenta entre ellos una hermana mayor como Isabel, ya cambia la posición. Era lo que se llama una pequeña ama sin salario concedida por la Providencia; era una costurera, una aya, una maestra de escuela.

Prosperó la familia. Pedro y su muger pudieron hacer algunas economías: circunstancia feliz, porque llegaron los malos días. La madre cayó enferma: la hermana mayor algo aliviada ya en la parte de la educación porque estaba casi acabada, se convirtió entonces en enfermera, y cuidó á la pobre madre. Por una compensación afortunada en aquella época, Enriquito, á quien vemos en una cuna se había hecho grande y un robusto mozo; y su trabajo produjo á la casa un poco de dinero en lugar del que su madre ya no ganaba. Había aprendido de su madre el amor filial, y le había dicho muchas veces desde su primera niñez: ya verás lo que yo entonces sabré hacer. Era un poco vivo y juguetón Enriquito; y su madre algunas veces tenía que empuñarse con sus padres para obtener su perdón. Si cometía alguna falta y no se atrevía á confesarla aun á su madre, llamaba aparte á Isabel, se la contaba, y la rogaba que hablase por él.

Por último, Margarita cayó gravemente enferma, y felicitaba á su marido de que quedase á su lado su querida hija, en la cual encontraría una ayuda y un consuelo; y cuando Pedro quedó viudo no sintió la necesidad de volverse á casar. La madre-cita habíase convertido en la sola y única persona de la casa que bastaba para todo. Tampoco se casó ella. Cuando llegó á cierta edad no podían pasar sin ella en la casa. Fué muy solicitada en matrimonio por buenos partidos, y aun se asegura que un día le costó lágrimas el dar á un honrado joven su acostumbrada respuesta: «¿Qué harían aquí sin mí?» Si ella no se casó, casó á sus dos hermanas, y á uno de sus hermanos: el otro llamado Juan había entrado á servir en la marina, y corría sus aventuras. Isabel cuidó de la vejez de su padre, y fué tan buena tía como había sido buena hija y buena hermana.

Todas las casas de sus hermanas eran pobres, á pesar de su asiduo trabajo. Así fué un consuelo y un alivio para las tres familias el ver volver á la edad de cuarenta y cinco años á Juan el marino con una opulenta fortuna que había

ganado en lejanos países. El mismo se quedó encantado de hallarse con sobrinos y sobrinas en abundancia. Pero ¿cuánto tiempo hubiera permanecido en su casa nuestro viajero? ¿Qué hubiera hecho de su dinero? ¿Qué hubiera sido si no hubiese vuelto á encontrar á su querida Isabel para velar prudente y afablemente sobre él? Ella le inspiró aquel saludable pensamiento: hé ahí á tus herederos; le dijo enseñándole aquel pequeño y pobre ejército; y yo seré hasta lo último tu ama de gobierno: no puedes encontrarla ni mas económica, ni mas fiel que yo.

Isabel solo vivió un año mas despues de la llegada de su hermano. Murió tranquilamente despues de haber cumplido su tarea, segun la ley que había aprendido en aquel libro, el Evangelio, el libro por excelencia que vemos sobre esa mesa, y muchas lágrimas corrieron el día en que sus cenizas fueron llevadas al pie de aquel campanario cuya punta divisamos al través de aquella ventana.

ANTONIO HERNANDEZ.

AMAZONAS.—El continente americano está regado por los mas grandes ríos del universo: diríase que eran lagos, brazos de mar, que se adelantan magestuosamente por en medio de la tierra. El río de las Amazonas es una de las mas magníficas de esas corrientes de aguas: su curso, no bien conocido, es de mil doscientas á mil quinientas leguas. Su anchura, que aumenta progresivamente á medida que sus ríos afluyentes le rinden el tributo de sus aguas, es de mil doscientas á mil quinientas toesas. En su embocadura el río ordinariamente tiene cincuenta leguas de ancho y quinientos pies de profundidad: su corriente tiene tanta fuerza, que sus aguas conservan su movimiento durante cuarenta leguas despues de haber entrado en el mar.

Fué llamado así este río por los españoles, porque hallaron sobre sus orillas mugeres indianas que llevaban los arcos y las flechas de sus maridos, y creyeron que aquellas mugeres ejercían la profesion de las armas, como esas famosas amazonas de la antigüedad.

LAS CUENTAS DE TUTELA.

I.

En una fría mañana del mes de febrero de 1828, salió un hombre como de cincuenta años, de una de las mas hermosas casas de la plaza de Noailles, en Marsella, y se dirigió al puerto.

Las calles estaban aun desiertas; el *mistral* soplabá impetuoso haciendo chirriar las veletas, y golpear las persianas contra las paredes. Las barcas de los buques anclados en el puerto, se entrechocaban fuertemente, los palos erugian, los aparejos silbaban como una selva de pinos, y la mar de ordinario tan tranquila, venía á chapotear en las losas del muelle.

Cuando llegó á lo último de la Cambiene aquel hombre envuelto en un ancho carrik que cubría toda su persona, alzó los ojos á la vigía del fuerte de Nuestra Señora de la

Guardia, y se detuvo un instante; despues, dando un suspiro, redobló el paso á lo largo del muelle de San Juan.

De tiempo en tiempo se detenía y miraba á aquella vigía en que aun no habia ninguna bandera de señal. A pesar del frio penetrante, un abundante sudor corria por su cara, que tan pronto se ponía encendida como pálida. Se detuvo de nuevo ante la oficina de Sanidad, se quedó como anonadado con los ojos fijos en la misma direccion y murmurando entre dientes: «Dios mio, Dios mio, ¿quereis que quede deshonrado?»

Entonces, como recurriendo á toda su energía, se lanzó en los tortuosos escalones de la Torreta, y trató de subir á la esplanada de la Mayor.

Varias veces para no ser arrojado por el viento que soplabá en aquel sitio con estraordinaria violencia, tuvo que pegarse á la pared esperando que la bocanada pasase. Despues de una penosa y larga lucha, llegó por fin á la plataforma cuya base está bañada por la mar, y desde donde se descubre un inmenso panorama; allí se dejó caer con desesperacion sobre un guarda-canton colocado en la puerta del pequeño cementerio de San Lorenzo, contra cuyas paredes se verifican las ejecuciones militares, y fijó sus miradas desatentadas en los vapores del horizonte.

La esplanada estaba completamente sola, nadie podia reparar en él; por tanto ya no trató de contenerse, y se abandonó del todo á sus penas.

Aquel hombre era Mr. Hermier, uno de los mas dignos negociantes de la ciudad. Como casi todos los de su clase, habia subido por su actividad y su celo de dependiente á gefe de casa, siempre le habia sonreído la fortuna, solo una vez, sin embargo, se le habia mostrado sañuda. Mr. Hermier perdió su esposa despues de pocos años de casado, quedándole una hija llamada María, sobre la que atesoró todo el cariño que habia profesado á la madre.

Mr. Hermier esperaba cuatro de sus buques que venian de Martinica con un rico cargamento de azúcar, café, clavillo y considerables sumas en especie. Hacía quince dias que estos buques debian haber llegado. Mr. Hermier lanzado en una gran especulacion, veía llegar temblando el fin de mes; porque aquellos buques traían en su seno lo necesario para sacar airosa la firma de su dueño. Veinte y cuatro horas mas de retraso, y el comerciante que habia ganado la confianza y consideracion de que gozaba con veinte años de probidad á toda prueba, iba á verse obligado á suspender sus pagos, iba á verse tragado por el horroroso abismo de la quiebra.

Hacia ocho dias que sabia Mr. Hermier conservar tranquilo y sereno el semblante, á pesar de que preveía esta catástrofe; ninguno de sus compañeros, ni de sus rivales, hubiera podido sospechar su fatal secreto; pero apenas salía de la Bolsa, cuando se encontraba solo, se dejaba dominar por aquel miedo y por aquel desasosiego que ni aun el sueño le consentía.

Pasó el dia en vana esperanza, ninguna vela se dejó ver en el horizonte. Entonces Mr. Hermier, alzó los ojos al cielo, y dijo con el acento del mas profundo dolor, que ya no trató de reprimir.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué va á ser de mi pobre hija, de mi adorada María?.... esta fortuna que aumentaba con tantos cuidados, esta vida austera y pura, esta probidad no desmentida, ¡eran el dote de mi hija! y todo, todo eso va á

destruirse..... Mi hija está arruinada..... ¡Mañana, mañana ya estaré quebrado!..... Mañana vendrán á apoderarse de mis libros y de mis muebles..... las alhajas de mi querida hija que guardaba yo con tierna veneracion para adornar con ellas á María el dia de su boda..... Mañana me prenderán, quedaré deshonrado, perdido. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tened piedad de mi hija!..... El recuerdo de su hija recordó al desgraciado padre que habia dejado su casa por la mañana, sin avisar á nadie de su ausencia, sin besar á María; se apresuró á volver á casa, y con la desesperacion en el corazon y la sonrisa en los labios, entró en su despacho.

Disimuló tan bien Mr. Hermier, que la misma María no se apercibió de los tormentos que destrozaban su alma. La abrazó tiernamente, y dejándola con su aya se retiró á su cuarto.

II.

Entrando en su cuarto Mr. Hermier, se dejó caer en una butaca, y fijos los ojos en el suelo, permaneció pensativo y desolado. Al amanecer, á su pesar, cedió á la fatiga y se durmió con un sueño agitado.

Descansaba hacia una hora, si puede llamarse descanso este nuevo suplicio, cuando llamaron fuertemente á la puerta de la calle.

Despertó sobresaltado Mr. Hermier en su butaca; aun bajo la influencia de sus horribles ensueños, creyó que su quiebra estaba ya declarada, y que venian á prenderle para llevarlo á la prision de la Pénitencia. Se lanzó á la ventana que abrió con violencia, y solo vió á su puerta una persona cubierta de un ancho gaban de paño pardo, y con una gorri-lla chata de galon de oro.

—¿Por quién preguntais? dijo el negociante sobreponiéndose un poco.

—¿No vive aqui Mr. Hermier?

—Justamente, le respondió, sin poderse explicar tan maternal visita.

Bajó á abrirle Mr. Hermier, y miró con sorpresa á su visita.

—Escusadme, caballero, de venir á hora tan intempestiva; pero noticias de la especie de la que os traigo, llegan siempre á tiempo y bien.

Brillaron los ojos del comerciante, y su voz acabó de descubrir la turbacion que sentía. Abrió su despacho, y rogó al forastero que entrase.

—Caballero, dijo el desconocido abriendo su gaban que dejó ver sus charreteras de capitán de marina mercante, siempre me hubiera reprochado de no haber faltado á las reglas de la etiqueta para venir á disipar las inquietudes que no pueden menos de atormentaros.

—¿Qué quereis decir, caballero?..... ¡Santo Dios!... ¿qué rayo de esperanza me traeis?

—¿Sin duda creéis perdidos vuestros buques? le dijo el capitán.

—¿Dónde están?..... Señor, ¿dónde están?

—En el puerto..... Hará una hora que han entrado.

—¿Y sois vos, sin duda, quien los ha socorrido y los ha traído?..... ¡Oh! Caballero, añadió con el acento del mas profundo agradecimiento, es la vida, el honor, el porvenir de mi hija, lo que me habeis salvado!... Hablad... Señor... ¿qué quereis? ¿la mitad de esa fortuna?..... Os la doy.

—No señor, no quiero nada..... He cumplido con mi deber, y estoy sobradamente recompensado con la dicha que os he causado y que gozais en este momento por mí.

Mr. Hermier sollozaba como un niño; quería hablar, y las palabras espiraban en sus labios. El capitán lo contemplaba con una expresión que marcaba bien toda la alegría que sentía al haber salvado á un hombre de bien.

—¡Al menos, caballero, que estreche vuestra mano! dijo por fin Mr. Hermier.

—¡De todo corazón!

—Ahora decidme vuestro nombre, para que toda mi vida pueda bendecirlo.

—Carlos de Karadec; pero tened la bondad de venir conmigo, caballero; mi bote nos espera en el muelle, para llevarnos á bordo.

Dos horas después de esta inesperada visita, volvía á su casa alegre Mr. Hermier, y fué á abrazar tiernamente á su hija.

Aquella mañana pagó mas de seiscientos mil francos en jetras, que sin la llegada del capitán habrían sido protestadas.

Mr. de Karadec era lo que se llama un buen mozo, sus facciones habían adquirido en el mar cierta energía, que sentaba perfectamente á sus treinta y cinco años. Descendiente de una ilustre familia de Bretaña, arruinada por la revolución, solo sobre la tierra, su fortuna se reducía á su ilustre y limpio blason, y su valor del que, cual verdadero pródigo hacia grande uso.

Mr. Hermier exigió del capitán, que á nadie conocía en Marsella, que comiese con él durante su permanencia en aquella ciudad, interin se reparaban algunas averías que tenía en su buque, y le impedían el salir al mar. Al ir á comer, apenas el capitán hubo entrado en el salón, el comerciante hizo llamar á su hija.

Poco tardó María en presentarse.

La naturaleza había prodigado á aquella niña todas las gracias compatibles con sus doce años; su fisonomía un poco pálida se destacaba maravillosamente en sus negros cabellos, su frente era inteligente, en sus ojos brillaba la energía, y otras veces una interesante languidez; su boca embellecida por una bondadosa sonrisa, dejaba percibir dos sartas de perlas. Añádase á esto un perfil griego del mas concreto dibujo, y se tendrá una ligera idea de nuestra linda marselesita.

Al ver un desconocido sentado al lado de su padre, se detuvo María en la puerta y saludó con modestia.

—Entra, hija mía, le dijo el negociante; este caballero no es ningún extraño, es nuestro mejor amigo.

—Jamás había visto á este caballero, respondió María sonriendo al marino con suma curiosidad.

—Eso es que aun ayer mismo ignoraba yo que debía mi honor y tu porvenir, al capitán Karadec... A no ser por él, hija mía, en lugar de estrecharte en mis brazos con alegría á estas horas, estaríamos separados, entregados á la desesperación, á la miseria y á la vergüenza!

—¿Qué decís, querido papá? preguntó María con emoción, y acercándose instintivamente al capitán; ¿qué peligro habeis, pues, corrido, para que este caballero haya podido salvarlos?

En pocas palabras puso Mr. Hermier á su hija al corriente de lo sucedido.

Brillaron los ojos de María con una indecible expresión de reconocimiento; en seguida, alzando una mirada húmeda de lágrimas á Mr. de Karadec, dijo:—¡Oh! ¡Padre mio! tenéis razón en llamarlo nuestro mejor amigo. Luego se arrojó llorando en los brazos del capitán, completamente conmovido con esta tierna escena.

—Yo también, caballero, repuso la jóven, yo también quiero llamarnos *mi amigo*.

—Iba á suplicarlo, señorita, contestó, mil y mil gracias por haberos anticipado á mis deseos.

Desde este día no deja pasar ni uno Mr. de Karadec, sin venir á ver á su amiguita; luego, cuando el momento de su partida llegó, abrazó tiernamente á María; apretó las manos de Mr. Hermier, diciéndole, adios, con una emoción que no podía dominar.

—Ahora que me acuerdo, dijo Mr. Hermier, rascándose una oreja para disimular su embarazo, cuando llegásteis solo hablamos de vuestros honorarios, y he olvidado deciros que estabais asociado de cuenta y mitad en aquel negocio, cuya utilidad líquida fué de doscientos mil francos.

Mr. de Karadec trató de rehusar.

—¡Lo quiero! dijo Mr. Hermier; ahora, amigo mio, examinad esta escritura que he hecho estender por mi notario; ved si os conviene; solo falta en ella vuestra firma.

—¿Cómo!..... ¿Una escritura de sociedad? dijo el capitán lleno de sorpresa.

—Sí..... firmadla..... os lo ruego.

—Yo no puedo admitir semejantes beneficios, que no he merecido, respondió Mr. de Karadec.

—Sobre eso habría mucho que hablar..... Y si yo os dijese que es un favor el que os pido me concedais firmando, ¿dudaríais aun?

—¡Oh! no señor!

—¡Ya consiente, dijo María, ya no nos separaremos nunca!

—Firmad, pues, le dijo Mr. Hermier.

—Pero explicadme.....

—Vete, hija mía, dijo á María, tenemos que hablar de negocios.—La besó en la frente, y ella salió diciendo á Mr. de Karadec: «¡Hasta luego!»

Nunca he querido alarmar á mi hija sobre el estado de mi salud, dijo el comerciante, así que se encontró solo con el capitán, pero estoy desahuciado por los médicos, tengo una aneurisma; y las últimas emociones han acelerado la enfermedad. ¿Quién serviría de padre á mi hija si vos no estuviésteis aquí?

—¡Quiera el cielo que solo sea una estratagema para decidirme! respondió Mr. de Karadec, poniendo su firma al pie de la escritura.

—Mañana, dijo alegremente Mr. Hermier, la razón social de mi casa de comercio habrá cambiado; ya será la casa de *Pedro Hermier y Karadec*.

III.

Por desgracia fué demasiado exacta la triste prevision de Mr. Hermier; su salud fué alterándose cada día mas, y un año después, conociendo próximo su fin, hizo llamar á su consocio.

En vano María que jamás se separaba de la cabecera de

su padre, trataba de infundirle una esperanza que ella no tenía; él le contestaba tranquilamente:

—No, hija mía, no nos hagamos ilusiones; me encuentro al borde del sepulcro, lo conozco..... Dios me llama á su lado..... Voy á unirme á tu madre..... Lo que dulcifica un tanto la pena que siento al dejarte, es la seguridad de dejar á tu lado un amigo que velará por tu dicha, como un segundo padre.....

Mr. de Karadec entró en este momento.

—Escuchad, amigo mío, añadió Mr. Hermier con desfallecida voz..... Luego que me hayais cerrado los ojos, tomareis de ese escritorio mi testamento..... en él he consignado mi voluntad..... querido amigo..... Os confío la tutela de mi hija hasta su mayor edad..... Conservareis para vuestro comercio toda la fortuna que dejo..... Hija mía, añadió dirigiéndose á María que sollozaba, mira desde ahora á nuestro amigo como si fuera tu padre..... Nunca olvides que si muero honrado por todos, á él se lo debo..... prométemelo, hija mía.

—Os lo prometo..... padre..... mío, respondió ella enmedio de sus sollozos.

—¡Adios!..... María..... Vuestra mano, amigo mío.

Mr. de Karadec se la dió volviendo la cabeza, para ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Hija mía, te bendigo..... Ven sobre mi corazón, hija mía.....

María, que había caído de rodillas, se levantó precipitadamente para echarse en brazos de su padre..... Ya dormía el eterno sueño.

IV.

Pasaron los años; la pena cruel de María fué cediendo poco á poco á los delicados consuelos, á los tiernos cuidados de su segundo padre, y transformándose en dulce melancolía, que añadía nuevos encantos á la graciosa fisonomía de la joven. Cada día que pasaba se afirmaba el afecto, se estrechaban los lazos que unían aquellos dos nobles corazones. El alma tierna de María, se había acostumbrado á dejar guiar sus impresiones por la experiencia de su amigo; una constante solicitud, una infatigable vigilancia animaba de continuo á éste por la dicha de su pupila.

María había correspondido admirablemente á los esfuerzos de Mr. de Karadec, acababa de cumplir veinte y un años, y según todos decían, María Hermier era una joven completa; y así era que varias proporciones excelentes se le habían presentado para establecerse. Sin embargo, hacia algún tiempo que la fisonomía del antiguo capitán se oscurecía de día en día: rompiendo de pronto con la dulce costumbre que había adquirido de descansar de los trabajos del día en la amable compañía de María, buscaba la soledad y se paseaba en sitios extraviados con grande agitación. Estos síntomas de una desgracia aun desconocida, no escaparon á la penetración de la señorita Hermier; no pudiendo atribuirlo mas que á un siniestro en los negocios, después de haber reflexionado mucho, se dirigió una mañana al despacho de su tutor.

—¿Os admira una visita tan matinal, mi buen amigo? le dijo, el sitio y la hora están perfectamente escogidos, pues vengo á hablaros..... de negocios.....

—¿De negocios?..... replicó Karadec con emoción.

—Sí, amigo mío, continuó María, sentándose en un si-

llon cerca de la mesa de su tutor. Solo hace ocho días que soy mayor de edad, ¿mas qué queréis? en estos ocho días se ha operado en mí un cambio singular. Siempre me habeis tratado como una niña..... pero por fin ya soy mayor, y quiero probaros que soy capaz de comprender los negocios. La última voluntad de mi padre al espirar fué, que esa parte del activo de la casa *Hermier y Karadec*, que constituía una gran parte de mi fortuna, quedase en vuestro poder hasta mi mayor edad, y corriese todos los eventos de vuestra propia fortuna..... Veamos, pues, amigo mío, ¿en qué estado estamos?..... ¿soy mas rica?..... ¿soy mas pobre?

El capitán no acertó á contestar una sola palabra.

—¿No dejó mi padre en vuestra casa doscientos mil francos? añadió María.

—En efecto, señorita, doscientos mil francos... eso es... balbuceó el pobre Karadec.

—¡Pues bien! os pregunto qué ha sido de ellos... ¿no me contestais?..... ¿y me llamais señorita?..... ¿Qué encontráis de malo en mi proceder? ¿no tengo el derecho de pedir se me entreguen mis cuentas de tutela?

—¡Vuestras cuentas de tutela! dijo Karadec con dolor. ¡Vuestras cuentas de tutela!..... están listas, señorita, y si no hubieseis venido esta mañana, hoy mismo hubiera tenido el honor de presentaroslas. Pero, permitid á vuestro mejor amigo el preguntaros, ¿qué motivo os ha impulsado á tomarme la delantera? ¿queréis que os deje sola dueña en esta casa, donde yo nada soy, y debo retirarme?

—De ningún modo, Mr. de Karadec, interpretáis muy mal mis intenciones; quiero permanecer siempre siendo vuestra consocia, participar de vuestros trabajos, de vuestros desvelos.....

—¡Y también de mis beneficios!..... comprendo..... dijo con amargura el capitán. No, señorita, no es posible una asociación entre nosotros, pues no tengo capital que llevar á la sociedad. Aquí teneis vuestras cuentas..... He ganado quinientos mil francos..... de ellos se han perdido trescientos mil en la quiebra inesperada de la casa de comercio española Pizarro y Cortés; solo nos quedan, pues, doscientos mil francos, y nuestro crédito..... Esos doscientos mil francos os pertenecen..... Yo fuí el que elegí su corresponsal infiel..... yo solo debo soportar toda la pérdida.

—¿Cómo podeis pensar semejante cosa! dijo María llena de admiración que apenas podía contener.

—Sí, señorita, repuso Karadec; pienso que podeis, casaros; que vuestro esposo podría pedirme cuenta de la suma perdida, y prefiero mil veces la miseria á disputar su dote á la hija de mi bienhechor.

—Teneis razon, amigo mío, dijo María con dulzura; es preciso que no tengais que sonrojaros ante mi esposo..... no puede consentirse que un extraño venga á intervenir mis cuentas de tutela..... pero tampoco deberíamos perder el crédito que nos dá vuestro nombre..... y sobre todo yo no puedo consentir que os despojeis completamente, por mí. No quiero dejaros esclusivamente el privilegio de la generosidad..... ¿Qué hacer?

—Mr. de Karadec permanecía con su cabeza apoyada y oculta entre sus dos manos.

—Sería preciso, continuó María con voz lenta y grave, que no dejaseis la casa cuya brillante posición podeis restablecer; sería preciso que siguieseis siempre disfrutando de la mitad de las utilidades..... Sería preciso que mi esposo no

tuviese nada que oponer á estos arreglos, y que aprobase mis cuentas de tutela..... Para esto habria un medio..... que mi padre aprobaria desde el cielo.....

Una idea, una esperanza, vino á surgir en el ánimo del capitán, que levantó la cabeza y miró á su pupila con ansiedad.

—Aquí teneis mi carta de pago: dijo la señorita Hermier, presentándole su mano..... Aceptadla.

V.

Hace seis años, durante un viage que hice á la hermosa Provenza, fuí invitado á una brillante reunion en casa de uno de los mas ricos comerciantes de Marsella; en ella me llamó la atencion la belleza de una señora jóven, y las muestras de cariñoso interés que prodigaba á su esposo, el que por su parte rivalizaba con ella en muestras de vivo cariño. Llamó sobre todo mi atencion la especie de veneracion que inspiraba á todos, y el honor que tanto las damas como los caballeros parecian tener, en fijar una sola de sus bondadosas miradas, una sola de sus palabras.

—¿Quién es, pregunté al amo de la casa, esa bella dama que reina en el baile, como podia hacerlo una reina en su corte?

—Es la señora de Karadec: no se sabe qué admirar más en ella, si sus virtudes ó su belleza..... ya os contaré su historia. Ya lo veis, á pesar de la desigualdad de edades, no hay matrimonio que no envíe la felicidad de esos esposos..... ¡Ah! añadió, consiste eso en que, en lugar de amar con la cabeza, como muchas jóvenes, María Hermier, ha sabido amar con el corazon.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

GRUTA DE ANTIPAROS.—El célebre viagero Tournefort bajó á una gruta maravillosa que se encuentra en la isla de Antiparos, y hace de ella esta descripcion: «Una rústica caverna invita al que pasa; empero pronto se presentan horrendos precipicios. Se baja allí por medio de un cable, se corre enrobándose á lo largo de las rocas, se pasa sobre escalas y sobre largas grietas. En fin, se llega á la gruta cuyo suelo está á mil quinientos pies bajo de la tierra. La bóveda de que se halla cubierta parece tener doscientos pies de altura.» El espectáculo de que gozó nuestro observador viagero era de los mas interesantes. Los muros de la gruta brillaban y resplandecian como cristales, y hubiérase dicho que era el palacio de una encantadora.

GRUTA DE FINGAL.—Sobre la orilla de una isla, situada al Oeste de Escocia, hay una gruta cuya boca está hacia el lado del mar: las olas, impulsadas por el viento en aquella cavidad producen estrordinarios sonidos, lo que ha dado lugar á que se le nombre la «gruta melodiosa.»

LA TORRE CLOTILDE.

Cuando se remonta la historia de París á uno de los primeros siglos de nuestra era, aparecen los hechos en medio

de una niebla indecisa, en lo vago de la tradicion, y es muy difícil arrancar una fecha terminante, precisa. ¿Quién es, por ejemplo, el verdadero fundador de las thermas gratuitamente atribuidas á Juliano, colosal construccion formada de diversas partes en muchas épocas, y cuya importancia no se ha apreciado lo bastante antes de la destruccion de las casas que se habian multiplicado sobre sus ruinas y apoyado en sus vastos muros? No podemos decirlo á punto fijo; solo sabemos que las thermas han sido la habitacion suntuosa de soberanos durante la dominacion romana y bajo los reyes bárbaros.

Pero no es dudoso que Clodoveo residió allí, altanero sin duda de vivir en semejante morada. Cuenta la tradicion que se habia hecho construir una casa de campo á poca distancia de aquella mansion real, sobre el alto de una colina llamada despues *Montaña de Santa Genoveva*. Aquella localidad se hallaba ocupada entonces en parte por un cementerio, en parte por alfareros. Encontraban estos en la falda de la colina y á bastante grande profundidad una escelente tierra blanda con la que fabricaban la cacharrería tan famosa.

Un dia que se hallaba Clodoveo en su casa de campo acompañado de su muger Clotilde, la participó la inquietud que le inspiraba la guerra que acababa de estallar entre los francos y la poderosa raza de los visigodos, dueña de la parte mas rica de las Galias. La piadosa reina no perdía ninguna ocasion de atraer á Dios y hacia los santos el espíritu del bárbaro, cuya conversion habia obtenido:

—¿Por qué no te diriges, le dijo, á los santos apóstoles Pablo y Pedro? Intercederán por tí y Dios te dará la victoria.

En medio de las indecisiones y perplejidades en que se hallaba Clodoveo, le pareció bien el consejo. Se recordó que en Tolbiac un voto le habia salvado la vida; esperó, sin duda, que el mismo medio le saldria bien esta vez, y lanzando delante de él su espada con mano vigorosa.

—Juro, exclamó, levantar aquí mismo una iglesia á San Pedro y San Pablo si me dan la victoria y vuelvo pronto vencedor.

Nótese al paso que los grandes actos de devocion en las épocas bárbaras han tenido siempre el carácter de un pacto ó contrato. Clodoveo habia prometido á Dios durante la batalla de Tolbiac abrazar la religion cristiana con condicion de que haria huir á los alemanes. *Doy para que des*. Si hubiera sido vencido tal vez hubiese permanecido pagano.

Sea de esto lo que fuere, cumplió á su vuelta de Vouille con la conciencia con que cumplia, no todos sus negocios, como su historia nos prueba bastante, los compromisos que contraía con Dios y los santos: cumplió su deuda con respecto á los santos apóstoles, y levantó la iglesia consagrada á San Pedro y San Pablo sobre el sitio mismo donde habia arrojado su espada. Cuentan las crónicas que desplegó en aquella construccion una estrordinaria magnificencia. Lo que los bárbaros admiraban mas en las obras y en las artes que el imperio habia dejado, eran aquellos cuadros indestructibles donde se empleaba una cantidad de piedrecitas de color colocadas regularmente. Comparada á la pintura, era grosera aquella representacion, pero era muy sólida, ventaja inapreciable á los ojos de gente que estaba muy espermentada en los modos de destruir. La iglesia fué, pues,

adornada en el interior con inmensos mosaicos. Existían todavía rasgos de ellos en el tiempo de Estéban de Tournan en el siglo XII.

No tuvo tiempo el conquistador de terminar la obra comenzada. La basílica fué continuada y concluida por la reina Clotilde, y depositado allí el cuerpo de su marido, siendo ella también enterrada allí. A aquel mismo lugar fueron llevados los restos de San Prudencio y de San Aldo, el cuerpo de la heroica doncella Santa Genoveva, sobrina de Prudencio, y la pacífica Juana de Arco, en el quinto siglo.

Es doloroso que aquella antigua iglesia de Clodoveo haya desaparecido; que aquel cripto subterráneo, donde habían sido depositados el primer rey francés y la primera santa nacional, haya sido cegado, no en medio de las tormentas de una revolución, sino á sangre fría en 1807 y 1808. Cuando pase el extranjero por aquella calle de París que conduce de la plaza del Panteón á la escuela Politécnica, entre el Liceo Napoleón y la iglesia de San Esteban del Monte, párese un momento. Entonces tiene bajo sus pies el suelo donde estuvieron depositadas durante mil trescientos años las cenizas de Santa Genoveva, Clodoveo y Santa Clotilde. Allí se levanta una torre en medio de los edificios de la antigua abadía de Santa Genoveva, que la tradición la ha dado el nombre de Clotilde. La que vemos hoy no tiene tan larga fecha. Ha sido construída durante el décimo siglo (entre 970 y 980), sin duda sobre el sitio de una torre mas antigua que se remontaba á los tiempos de Clotilde y que habia tenido que padecer como la antigua iglesia las devastadoras escursiones de los normandos.

Los cimientos de la torre y campanario, cuyo dibujo presentamos hoy á nuestros lectores, fueron colocados por uno de los canónigos seglares que ocupaban la abadía antes del abad Sugerio, que la reformó introduciendo en 1148 los religiosos de la orden de San Victor. Llamábase Thibaut y ejercía las funciones de pertrante. La necrología de la casa de Santa Genoveva nos dice que en aquel tiempo la torre que se levantó no llegó mas que al primer piso. No es aventurado creer, viendo la solidez de los cimientos, que la intención de Thibaut fué darla una considerabilísima elevación. Además, el exámen mas superficial demuestra que el segundo y tercer piso son casi tan antiguos como el primero, y que han debido ser construídos hácia el mismo tiempo. Hasta una de estas construcciones ha tomado el nombre de un personaje llamado Marignaul, que verosimilmente la terminó.

Hácia fin del siglo XV dos veces cayó un rayo en poco tiempo y distancia sobre la torre, y la destrozó gravemente, así como la iglesia y los edificios inmediatos. En 1483 el incendio hizo fundir las campanas y el techo de plomo; todo París presenció el espectáculo de un mar de fuego de metal fundido rodear durante muchas horas aquella alta torre sin conmovérsele. Las únicas partes que padecieron gravemente fueron las veletas, las balaustradas y las escaleras del segundo piso. Para reparar los destrozos ocasionados por este temible accidente, obtuvo el abad de Santa Genoveva el permiso de recurrir á las indulgencias, cuya venta dió nacimiento en aquellas épocas á tantos abusos. En aquellas circunstancias, las considerables sumas que recogió la abadía de la piedad de los fieles, se emplearon de un modo irrepreensible, pues que se gastaron todas en levantar nuevas construcciones mas considerables y mejor ejecutadas que

las que habían sido destruídas. Se rehizo, pues, los techos de la torre, la veleta, la balaustrada de la escalera, cuyos elegantes balcones se ven desde la calle de Clodoveo. La escalera, que es construcción del reinado de Carlos VIII, pertenece á lo gótico puro.

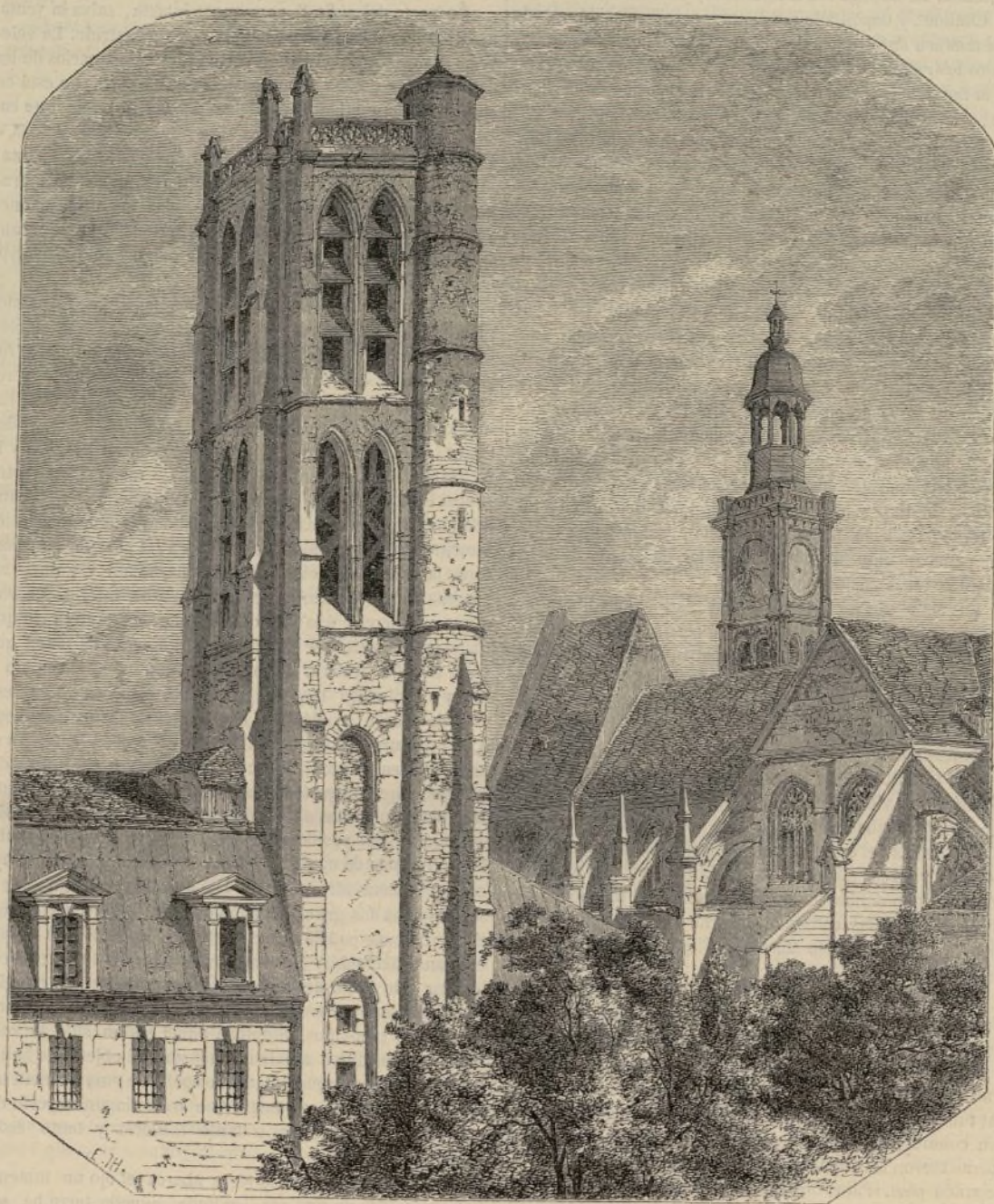
La parte del siglo X permanece intacta, salva la ventana del primer piso que ha habido que reconstruir. La veleta ha desaparecido y se han cortado los campanarios de los ángulos. Una de las ventanas de la escalera ya no está en su sitio; se ha metido hácia dentro porque se temía que cayese sobre la calle. En una palabra, del arte del siglo XV es lo único que ha sobrevivido, lo que le autoriza á llamar la atención sobre él, como el edificio mas antiguo y venerable de París, para que se tomen todas las precauciones para su conservación que exige su importancia. La gran cantidad de madera que tiene esta torre exigía un para-rayos en su cumbre.

Cuando se sube á esta torre se encuentra en el primer piso el antiguo reloj de los genovinos. El reglaba el empleo de las horas de la vida de los estudiantes y la inflexible regularidad con que se dividía la existencia estudiosa y recogida de los religiosos. El relojero que le construyó se llamaba Galando: no era letrado; pero trabajaba bien, y decimos que no era letrado porque al escribir su nombre y la fecha de la construcción lo hizo con la mas pésima ortografía. El instrumento, que fué dado por el duque de Orleans á la abadía en 1418, está hoy lo mismo que entonces exactamente. En el segundo piso el guarda, al enseñar al forastero la escalera puesta perpendicularmente y llamar su atención sobre lo formidable de la armazón interior, le pregunta si quiere ir á la sala de los monges. Es muy raro que nadie quiera satisfacer esta curiosidad á costa de tener que subir aquella escalera. Pero cuando uno se ha decidido á ello y aferrándose bien á las barras y como sobre una escala de cuerda, ayudándose con los pies y las manos, llega á una trampa practicada en medio del techo, entonces se encuentra en una sala desnuda, limitada por los muros del edificio, y que ocupa toda su anchura, donde se ven unas banquetas colocadas á los lados. Bajo la trampa hay un abismo de cien pies por donde se recibe la luz. Silba el viento en un bosque de madera que se ve bajo los pies, y se oye como el trueno alrededor de las murallas, mezclándose á sus mugidos los gritos de las golondrinas y los murciélagos. Empero ¿cuál podría ser el destino de aquella sala á que era tan difícil subir? ¿Qué aguardan aquellas banquetas colocadas á lo largo de la pared? ¿Era un lugar de refugio? No se sabe qué peligro pudieran temer, y por consecuencia prever los ginovinos. Sin duda aquel era un sitio de reunión. Pero es difícil adivinar cuál sería el objeto de aquellas reuniones en aquel lugar, elegido de una manera tan particular, pues no se concibe que para ningún negocio del convento fuera necesario tanto misterio y tanto aislamiento.

Desde la cumbre de la torre abarca el ojo un inmenso horizonte. Mas de una vez, sin duda, aquella torre ha servido para observaciones importantes, ya sobre los movimientos de los enemigos, ya sobre la situación de la capital durante largo tiempo, como las torres de Nuestra Señora de París. Siendo el punto mas elevado de la ciudad, desde allí median los religiosos de la abadía la extensión de sus dominios, sin que nada les incomodase la vista, porque toda-

vía no estaba terminada la cúpula del Panteon, y la elevada y fina aguja del campanario de San Esteban del Monte, no es mas alta. Al dejar que San Esteban del Monte fuese

edificado en el terreno de su jurisdiccion, dieron una entrada independiente á la iglesia de Santa Genoveva, y pusieron por condicion espresa que no habia de tener campanario



La torre Clotilde.

La antigua torre se levantaba, pues, sola, aislada, esbelta, sobre el punto culminante de París.

Hoy la han dado rivales; empero domina todavía á la

mayor parte de las modernas construcciones que ha visto nacer y que sin duda verá morir á sus pies.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.